

consumiéndose todo por la voracidad de las llamas, á pesar de las bombas, y que perdiendo el fuego el respeto á la Santa Bárbara, volábamos todos por esos aires de Dios para no volver á resollar hasta el último día de los tiempos.

En estas funestas consideraciones y nada pánicos temores, pasaba algunos ratos del día, hasta que al cabo de un mes, viendo que nada adverso sucedía, los fuí desechando poco á poco, y haciéndome, como dicen, á las armas en tal grado, que ya me era gustosa la navegacion, pues en las noches de luna reflejaba esta en las ondas, haciéndolas lucir como si fueran un espejo, lo que junto con los repetidos celajes que se observaban por los horizontes nos divertía bastante, y más cuando el viento que soplaba en la popa era el que se quería para navegar aprisa y sin riesgo de nortes tempestuosos; pues entónces descansando de maniobrar los marineros, gustábamos todos ya de la conversacion de los comerciantes, oficialidad y pasagería decente que subían sobre cubierta á gozar de la hermosa noche: ya de los que tocaban y cantaban, y ya de la naturaleza pacífica cual se nos manifestaba en aquellos ratos.

Me acuerdo que en uno de ellos se puso á platicar conmigo un comerciante que se habia hecho mi amigo; porque habia menester la proteccion del coronel en Manila y veía la estimacion que yo disfrutaba de él. En la conversacion le conté los trabajos que habia padecido en el discurso de mi vida, exagerándolos sin motivo.

El escuchaba todo con fria indiferencia, lo que no dejó de escandalizarme; y por ver si era genial ó la afectaba, le dije: cierto que somos desgraciados los mortales: ¿cuántos males nos rodean desde la cuna, y cuántos males no padecemos, no ya de uno en uno, sino de generacion en generacion! ¿Y qué se le da á vd. de eso? me dijo con mucha socarra, ¿los padece vd? No los padezco, le dije; pero me lastima que los padezcan mis prójimos, á quienes debo considerar como á mis hermanos, ó más bien co-

CAPITULO XI.

En el que Periquillo cuenta la aventura funesta del egoista y su desgraciado fin, de resultas de haberse encallao la nao; los consejos que por este motivo le dió el coronel y su feliz arribo á Manila.



UANDO estuve restablecido de mi accidente, subí á la cubierta y ya no ví nada de tierra, sino cielo, agua y el buque en que navegábamos, lo que no dejaba de atemorizarme bastante, y más cuando interiormente reflexionaba en todos los riesgos que me rodeaban. Ya se me ponía en la cabeza una tormenta deshecha: ya una calma ó encalladura que nos hiciera morir de hambre: ya pensaba que el baneo se estrellaba en un arrecife, y cada uno de nosotros salía por su respectiva tronera á ser pasto de los tiburones y tintoreras: ya temía un encuentro con algunos piratas y esperaba el temible *safurrancho*: ya creía muy fácil un descuido con el fogon y se me representaba la embareacion ardiendo, escurriendo el alquitran, y

mo á partes de mí mismo. ¡Oh! vaya, dijo el comerciante, vd. es uno de los muchos preocupados que hay en el mundo: ¡ya se ve! es vd. un pobre soldado que no tiene motivo de ser instruido.

No dejé de incomodarme con tal disculpa, y así le dije: quizá no soy tan lerdo como vd. supone, y podré hacerle ver que no todos los soldados son de principios ordinarios ni carecen de tal cual instruccion; y si no, dígame vd. ¿por qué me juzga preocupado? ¿Porque le dije que me dolian los males que padecia mi prójimo como si fuera mi hermano ó una parte de mí mismo? Sí señor, porque creer eso, me dijo, es una preocupacion. Nosotros mismos somos nuestros hermanos, y harto haremos si vemos por nosotros solamente sin mezclarnos con el resto de los hombres, á no ser que nos redunde algun provecho particular de sus amistades.

Segun eso, le dije, no deberemos ser amigos sino de aquellos que nos sirvan ó nos den esperanzas de servirnos en algun tiempo. Cabalmente así debe ser, me contestó, y aquí encaja bien el refran que dice: *que el amigo que no dá, y el cuchillo que no corta, que se pierdan poco importa*, y ya vd. ve que los refranes son evangelios chiquitos. Yo entiendo, le dije: que no todos lo son; ántes hay algunos falsos y disparatados de que no se debe hacer causal, en cuyo número pongo el que vd. acaba de citarme, pues habrá muchos amigos cuya amistad será utilísima aunque no den nada mas que su estimacion, sus consejos ó su enseñanza, y cierto que la pérdida de esto será sensible á quien conozca lo que valen.

Esas son pataratas, me contestó; consejos, estimacion, enseñanza y todo lo que no es dinero ó cosa que lo valga, son fantasmas agradables que solo pueden divertir muchachos, pero que no traen gota de utilidad. Yo por mí detesto de semejantes amigos: no, no me empeñaré en buscarlos, y si tengo algunos sin esta diligencia, no se me dará nada de que se pierdan.

¿Con que vd. sólo será amigo del que le proporcione dinero?

No hay otros que merezcan mi amistad, me respondió: y las desgracias de éstos las sentiré por lo que puedan tocarme, que por lo demás cada uno se rasque con sus años.

Escandalizado al escuchar tan infernales máximas, mudé conversacion y á poco rato me separé de su lado.

Al dia siguiente, estando peinando al coronel, le conté mi anterior conversacion, y él me dijo: no te espantes, Pedro, de haber hallado tal dureza en ese comerciante, ni te escandalice su avaricia é interés. Hay muchos en el mundo que piensan y obran lo mismo que él: ese es un gran egoista y como tal, es ambicioso, cruel y adulador, vicios comunes á los que piensan que para ellos sólo se hizo el mundo; pero este sugeto á más de egoista tiene la desgracia de ser un nécio, pues se jacta de sus mismos vicios y los descubre sin disfraz, que es por lo que te has escandalizado; más sábetete que este vicio está tan estendido en el mundo, que de cada cien hombres dudo que uno no sea egoista.

Ya sabes que se entiende por egoista el que se ama á sí propio con tal inmoderacion que otopella los respetos más sagrados, cuando trata de complacerse ó de satisfacer sus pasiones. Segun esto, el egoismo no sólo es un vicio temible, porque ha sido y es causa de cuantas desgracias han acaecido y acaecen á los mortales diariamente, sino que es un vicio el más detestable, pues es la raíz de todos los delitos que se cometen en el mundo: de suerte que nadie es criminal ántes que ser egoista. Todos pecan por darse gusto y porque se aman demasiado, que vale tanto como decir, que todos pecan porque son egoistas, y miéntras más egoistas son, por consecuencia son más pecadores.

Estas son unas verdades que se sujetan á la demostracion, y por ella tú conocerás que pocos ó raros no son egoistas en el mundo; pero hay esta diferencia: unos son egoistas tolerables y otros intolerables. Me explicaré.

La mayor parte de los hombres ó casi todos se aman demasia-

do, y así el bien que hacen como el mal que dejan de hacer no reconocen mejor principio que su particular interés, por más que lo palian con nombrecitos brillantes que aparentan mucho, y nada se halla en ellos mas que follage. Esta clase de egoistas algunas veces son perjudiciales á la sociedad por esta causa, y muchas inútiles; pero como no se dejan de considerar con relación á los demás hombres, están dispuestos á servirles alguna vez, aunque no sea mas que por el vano interés de que los tengan por benéficos, y por esto digo que son egoistas *tolerables*.

Los otros son aquellos que haciéndose cada uno el centro del universo, se aman con tal desórden, que á su interés posponen los respetos más sagrados. Para estos nada valen los preceptos de la religion, ni los más estrechos vínculos de la sangre ó de la sociedad: por todo pasan como por un puente seguro, y jamás les afectan las calamidades de los hombres. Por esta depravada cualidad son soberbios, interesables, envidiosos y crueles, y por lo mismo son *intolerables*.

De esta clase de egoistas es el comerciante, cuya conversacion te ha escandalizado justamente; más por lo mismo que te repugna tal modo de pensar, has de procurar no contaminarte con él, advirtiéndole que el amor propio es habilísimo para disimular nuestros defectos á nuestros ojos y aún para hacernoslos pasar por virtudes. Todos aborrecen el egoismo, y nadie cree que es egoista por más que esté tan estendido este vicio. La regla que te puede asegurar de que no lo eres, es que te sientas movido á ser benéfico á tus semejantes, y que de hecho pospongas tus particulares intereses á los de tus hermanos; y cuando te halles connaturalizado con esta máxima, podrás vivir satisfecho de que no eres egoista.

De semejante manera me instruía siempre mi buen mentor, y no perdía las ocasiones que se le presentaban oportunas para el efecto; pero por desgracia entónces sembraba en tierra dura; sin

embargo, á la vuelta de mis extravíos muy mucho me han servido sus saludables advertencias.

Ya navegaba yo contento pensando que todo el monte era orégano y todo mar pacífico, cuando me sacó de este confiado error uno de aquellos accidentes de mar, que no se sujetan á la práctica de los mejores pilotos.

Una noche que estaba enfermo el primer piloto, dejó encargado el cuidado de la brújula á un segundo; que aunque diestro en el manejo del timon, era mortal, y acosado del sueño se durmió sobre el banco sin que ninguno lo advirtiera, y todos los pasajeros hicimos lo mismo con la seguridad del tiempo favorable que nos hacia.

Como dormido el pilotin, quedó el buque con la misma libertad que el caballo sin gobierno en la rienda, tomó el rumbo que quiso darle el aire, y en lo más tranquilo de nuestro sueño nos despertó el bronco ruido que hizo la quilla al arrastrarse en la arena.

El primero que advirtió la desgracia fué el buen piloto, que no habia podido dormir á causa de sus dolencias. Inmediatamente desde su camarote comenzó á gritar: *orza, orza, vira á babor... que nos varamos... banco, banco.*

Toda la tripulacion, el contramaestre, los pasajeros y toda la gente despertó y se pusieron á maniobrar; pero ya no alcanzaban á remediar el mal las primeras recetas que habia dictado el práctico piloto: lo más que hicieron fué amarrar el timon y recoger las lonas, con cuya diligencia no se enterró más la embarcacion.

Los que en la navegacion han experimentado semejante lance, se harán cargo cuál seria nuestra consternacion, y más cuando luego que se advirtió la desgracia, se dio la orden de que se acortara á todos la racion de comida y bebida, lo que nos entristeció demasiado, y más á mí que comía por siete. Todos manifestaron el abatimiento de sus espíritus en la tristeza de sus semblantes.

Desde esa hora ya no hubo quien durmiera: todo era susto, y el funesto temor de morir de hambre y sed estacados en aquel promontorio de arena, era el objeto de nuestras tristes conversaciones.

Se hizo una solemne junta de los pilotos y jefes, y en ella se determinó probar cuantos medios fueran posibles para libertarnos del riesgo que nos amenazaba, y en virtud de esta resolución se echaron al agua todos los botes y lanchas, desde las cuales tiraban del buque atado con cables; pero esta diligencia fué enteramente inútil, y á su consecuencia se determinó ejecutar la última, y fué alijar ó aligerar el navio, echando al mar cuanto peso fuera bastante para que sobreaguara.

Ya se sabe que la nao de China á su regreso de Acapulco no lleva más carga que víveres y plata; en esta virtud, supuesto que los víveres no se debían echar al agua, el decreto recayó sobre la plata. Se separó el caudal del rey, que llaman *situado*, y los marineros comenzaron á tirar baúles y cajones de dinero, según que los cogían y sin ninguna distinción.

Mi maestro y jefe abrió sus baúles, sacó sus papeles y dos mudas de ropa, y él mismo junto conmigo dió con ellos en la mar, sirviendo su ejemplo de un poderoso estímulo para que casi todos los señores oficiales y comerciantes hicieran lo mismo, si no alegres, porque nadie podía hacer este sacrificio contento, á lo ménos conformes, porque no había esperanzas de libertar la vida de otra manera.

Mi coronel animaba á todos con prudencia y jovialidad. Luego que el barco comenzó á moverse y aligerarse, hizo suspender la maniobra un corto rato, que destinó para que tomara la gente un poco de alimento y un trago de aguardiente, lo cual concluido, continuó la faena con el mismo fervor que al principio.

Mi jefe ya no tenía que perder, pues hasta su catre, que era de acero, lo había echado al agua, y así sus exhortaciones iban precedidas del ejemplo, y por consiguiente sacaban el mejor fruto.

Sobran minas, amigos, decía en el fervor de la fatiga: con poco basta al hombre para vivir: los créditos de vdes. quedan seguros en este caso y libres de toda responsabilidad; lo único que se pierde es la ganancia; pero con el sacrificio de ésta compramos todos nuestra futura existencia. Compraremos la vida con el dinero, y veremos que la vida es el mayor bien del hombre, y el primero á cuya conservación debemos atender; y el dinero, los pesos, las onzas de oro, no son más que pedazos de piedra beneficiados, sin los cuales puede vivir el hombre felizmente. Ea, pues, séamos liberales cuando nada perdemos: compremos nuestras vidas y las de tantos pobres que nos acompañan á costa de una tierra blanca ó amarilla, ó llámense metales de oro y plata, y no queramos perecer abrazados de nuestros tesoros como el codicioso Creso.

Con estas y semejantes exhortaciones avaloraba mi amado coronel los ánimos decaídos de los que veían sepultada la utilidad de sus sudores en el abismo profundo de la mar; y así echando cada uno, como dicen, pecho por tierra, trabajaba en destruirse y asegurarse al mismo tiempo, arrojando al mar sus respectivos caudales, señalando el lugar con unas boyas; pero no bien hubieron tocado los baúles y cajones del egoísta (que veía fresca-mente la escena sentado sobre ellos), cuando juró, perjuró, blasfemó, ofreció galas considerables, é hizo cuantas diligencias pudo por librar sus intereses; pero no le valió: los marineros, gente pobre y que en estos casos no respeta rey ni roque, lo hicieron á un lado y arrojaron al mar sus baúles y cajones.

Quizá estos eran los más pesados que llevaba el buque, pues luego que se vió libre de ellos comenzó á sobreaguar, y espian-do el barco por la popa con el anclote esperanza y la ayuda del cabrestante, salimos al mar libre y se desencajó del banco en un momento.

No es posible ponderar el regocijo que ocupó los corazones de todos al verse libres de un riesgo del que pocas navegaciones